

El crítico ante el conocimiento de sí: otra forma de crítica

Rodrigo Díaz Flores

— Maestro, ¿cómo puedo tratar mejor al otro?
— No hay otro.

Cada vez me resulta más complicado hablar del otro sin hablar de mí. Desde que hice consciente que todo ejercicio cognitivo tiene un marco primigenio llamado yo del que no me puedo escapar, mi quehacer como crítico y como investigador ha entrado en crisis. De la conciencia de sí mismo ya no hay retorno, es una puerta que ya no se puede cerrar. A veces puedo producirme una ceguera parcial, mirar hacia otro lado, evadir, sin embargo, en el fondo siempre hay una alerta que me avisa cuando me estoy haciendo el tonto, cuando no quiero ver lo obvio.

Las experiencias terapéuticas me han conducido a esta nueva forma de vivir y sentir el mundo: la terapia (psicoanálisis y luego Gestalt), la meditación, el ayuno intermitente y las medicinas ancestrales en ceremonias psicodélicas. No ha sido de la noche a la mañana. Si las experiencias psicodélicas les han resultado aterradoras a muchos es porque la medicina conduce a un nivel de conciencia de sí inevitable, es porque se pierde el control de lo que en la realidad y conciencia ordinaria se supone que no deberíamos perderlo. La experiencia psicodélica es como comerse a un maestro. El maestro despierta dentro de ti y cuando despierta, no te puedes escapar. Expandir la conciencia es un acto irreversible.

El crecimiento personal tiene etapas de guerra, de potencia visceral y de prueba física. Hay que combatir, poner a prueba al cuerpo y abandonar la autocompasión para atravesar la selva de la sombra, de eso que no aceptamos de nosotros mismos, de eso que nos avergüenza, rechazamos y tememos. Es ver a los ojos al jaguar que se esconde entre la oscuridad.

Esto viene a significar mucho para todas las dimensiones en que me relaciono con el mundo: mi alimentación, mis relaciones personales, mi sexualidad, mi forma de respirar, mi trabajo, mi creación artística. Uno de estos impactos que ahora me atañe es el de mi quehacer como crítico y teórico del arte y la literatura, una práctica para la que mis años de licenciatura y maestría me han formado. ¿Cómo unir mis descubrimientos introspectivos y mi conciencia de mí mismo frente al quehacer académico? ¿Cómo compaginar la idea de que hablar del otro es siempre un

ejercicio proyectivo, es, de alguna manera, hablar de mí, cuando mi formación profesional se trata de analizar el mundo externo en el que vivo?

Nuestra labor principal como humanistas profesionales es dar valor a las cosas. Al final todo se trata de lo mismo: encontrar valor. Nuestras prácticas obedecen al análisis de aquello que no soy yo, de aquello con lo que me relaciono, poniendo especial atención a la cosa y no a la relación con la cosa. De lo cual deriva que el autoanálisis no haya sido preponderante en los quehaceres intelectuales ni académicos. Poner al yo sobre la mesa, en el centro de las investigaciones y ensayos, ¿para qué si de eso ya se encarga la psicología o la filosofía?

Sobre la separación artificial

Durante mis años de estudio en Madrid, un tiempo en la Complutense y otro en la Autónoma, descubro algo a los que hasta la fecha le sigo dando vueltas. Me sorprende de sobre manera la actitud de separación de conocimiento que existe entre las ideas de los estudiantes y el formato de los programas de estudios. Es usual considerar que hay claras delimitaciones entre las distintas ramas humanísticas, incluidas las diferentes formas de arte. Recuerdo con claridad una ocasión en que le digo a una amiga: «Deberías participar, creo que tienes mucho qué aportar». La respuesta me resuena: «No, qué va. Yo soy musicóloga. No sé de lo que hablan». Me quedo pasmado sin saber qué decir. El núcleo del comentario lo vi repetido en otros compañeros, así como en los formatos de cursos, programas y carteles sobre información de eventos académicos: había una separación, a mi modo de ver, tajante entre las disciplinas. Mientras yo, habiendo estudiado Letras, habiendo hecho mi tesis sobre fotografía y filosofía de la imagen, opino sin ton ni son en las clases, en un máster sobre multi-disciplinariedad en el arte, otros optaban por comentar limitándose, teniendo claros sus límites teóricos. Yo trasciendo desde temprano esa limitación, pues me doy cuenta de que eso que veo en la literatura está también en el cine, en la

pintura, en la escultura, en la música. Ya no su dimensión formal ni discursiva necesariamente, sino su *estructural* y, posteriormente, su poder de impactar a nivel relacional frente a otras dimensiones del mundo.

Estos límites artificiales, basados en el elogio a la especialización del modelo universitario de conocimiento, nos permiten ver dimensiones de nuestros objetos de estudio pagando el precio de no ver otras. Es momento de trascender estas fronteras institucionales y académicas, mutar de paradigma. El valor de los enfoques holísticos es ya innegable. La posmodernidad ha traído los estudios interseccionales, con conceptos clave como la transversalidad y las redes de agencia. Hemos hecho conscientes las limitaciones de los esquemas unidireccionales y lineales, que obedecen a una estructura que no sale de la causa y el efecto, para empezar a diseñar formas de pensamiento bidireccionales y pluridireccionales, en donde la causa y el efecto dejan de serlo en tanto que se conjugan en una red de agencias que se interconectan de formas insospechadas. De tal suerte que mientras más libere mi pensamiento del paradigma previo, habré de encontrar más puntos de conexión que se relacionan incluso de formas que antes no habría sido posible conectar.

Es así que, aunque poner al yo en el centro del estudio haya sido un ejercicio más usual en otras disciplinas, me parece pertinente reconsiderarlo para el quehacer literario y artístico en general, pues he detectado una actitud recurrente en las prácticas críticas académicas que pueden favorecerse de la introspección personal del crítico. Detecto algunos fenómenos proyectivos que impregnan a las prácticas humanísticas y de crítica. La proyección inconsciente, en diversas formas, es la más usual: creer que lo que se dice de la cosa obedece a la sustancia de la cosa y no a mi forma particular de ver el mundo. En la neurosis del intelectual es fácil ignorar que las teorías están hechas, al fin y al cabo, por seres humanos llenos de patologías inconscientes, las cuales permean de una u otra forma las formas de conocimiento que producen.

Reivindicar al cuerpo y los sentidos

Toda interpretación es una construcción humana lógica discursiva, por lo tanto no es la realidad en sí misma sino una parte de la realidad. La realidad no puede decirse, porque solo una ínfima parte de ella está constituida por las palabras. He de tener cuidado, entonces, de no confundir la realidad con lo que pienso de ella o racionalizo sobre ella, de lo contrario haré de mi quehacer como crítico un constante ejercicio proyectivo inconsciente.

Toda interpretación me sirve para darle un significado a lo que mis sentidos perciben, sin embargo, para tener un acceso más prístino a la realidad habremos de quitar toda forma de interpretación, toda forma de juicio, toda forma de veredicto y afirmación discursiva. ¿Un desafío significativo para el crítico, cierto? Trascender el esquema cognitivo donde solo cabe lo verdadero o lo falso, o donde no hay otra forma de concebir los fenómenos dentro de las leyes de causa y efecto. En la reivindicación de los sentidos habremos de encontrar otra forma de conexión con lo real: accedo a la realidad cuando la percibo, cuando la siento, y en esta travesía no hay procesos racionales ni discursivos, no hay una linealidad que determine mi percepción. De cierta manera esto no es otra cosa que autoconocerse, que hacer consciente mi forma particular de digerir la realidad a través de mi cuerpo. De ahí que la meditación sea una poderosa alternativa, pues me permite descubrir mi cuerpo y existencia en una percepción no lineal sino holística. De pronto, mi cuerpo existe sintiéndose en *completud*, en una conexión total y no particular.

Cuando siento lo que siento, accedo a una realidad más completa, pues me percibo no solo sintiendo la realidad sino formando parte de ella, experimentándola siendo lo que es, de tal manera que logro percibirme siendo la realidad, siendo lo real, siendo la *completud*. Y en esta experiencia no hay cabida para el error, porque no hay afirmación ni negación de lo que soy, no hay una tesis ni una hipótesis dispuesta a ser comprobada. Simplemente soy. La

experiencia desemboca en territorios muy distintos a los del discurso lógico, y no por ello menos verdaderos o reales.

En esta experiencia no existe la linealidad lógica discursiva de la causa y el efecto, porque nada se precede ni se antecede, sino que las cosas suceden en una simultaneidad que puede ser abrumadora para la mente racionalista y controladora. Ese es el desafío: rendirme a lo que soy, sea lo que sea, y abandonar toda expectativa de controlar el ímpetu vital que experimento. Otro gran desafío para el rol del crítico: abandonarse a la experiencia de conocerse, de percibir el mundo fuera de sus propios paradigmas. El especialista, el gurú y el terapeuta, no solo deben sobrevivir a su adiestramiento, sino también trascenderlo.

Por eso las experiencias de meditación, con terapia y con psicodélicos pueden llegar a ser aterradoras: se me ofrece la oportunidad de ampliar mi percepción de la realidad en una forma fuera de la conciencia ordinaria, fuera de la certeza que ofrece percibir el mundo diseccionando las experiencias en unidades más digeribles.

Esto es una crítica a la obsesión *teorizante* de la crítica, a la pretensión de que todo conocimiento, para ser legítimo, *debe* articularse desde un orden lógico-discursivo, y además, creyendo que, mientras más se aleja del *yo*, más se acerca a las cosas. La crítica habrá de pasar necesariamente por una preparación introspectiva para mutar y suponer un ejercicio fructífero para los desafíos actuales. El crítico, antes que crítico, antes de esa máscara de intelectual, habrá de reconocerse persona, individuo, ente sintiente, irremediamente determinado por todo un cúmulo de redes de agencias que en una interseccionalidad insospechada lo constituyen. El crítico es también un cuerpo sintiente, un ente constituido por esa red de tejidos y sistemas orgánicos cuya experiencia con el mundo es irremediamente sensorial, corporal. El crítico habrá de reconocerse cuerpo para tener un acceso más completo a esa realidad que pretende conocer.

Históricamente hemos huido tanto de la subjetividad que no nos hemos podido dar la oportunidad de reconocer su valor en los procesos cognitivos. Esto no es nuevo. Los estudiantes de filosofía están muy familiarizados con las distintas formas del logos. El asunto que me ocupa aquí es la comunidad literaria, los contextos académicos donde se enseña literatura y ese gran ciego que juega el papel de escritor. Me sorprende ver cómo el escritor suele presumir superioridad intelectual, suele fungir de opinólogo y sabelotodo que pretender hacer de su postura personal la verdad absoluta. No es raro respirar un ambiente de egolatría y necesidad de ser visto y reconocido en los pasillos de las escuelas de letras y artes. Me considero un ejemplo vivo de ello. Supongo que el hecho está vinculado a esa tradición ya obsoleta de que el quehacer humanista solo puede hacerse bien si se vincula inalterablemente con la idea de genio. Por lo menos en mi caso, fui a dar a la escuela de letras por un complejo proceso de crecimiento en el que necesité ser validado a través de crearme la máscara de perspicaz e inteligente, la necesidad de ser reconocido en un nivel particular de genialidad. No es la norma, solo me estoy proyectando, sin embargo, estoy seguro de que algunos podrán ver en mis palabras algún vínculo con su experiencia.

El escritor, cuando juega a ser crítico, suele considerar que su opinión tiene valor, y el escritor que no, que juega con la desfachatez del irreverente respecto a las figuras de autoridad —me vienen a la cabeza escritores malditos como Bukowsky o Guillermo Fadanelli—, pretende construirse una identidad que promueve el ego ya no desde la presunción de su propio valor sino desde la negación del mismo. Toda necesidad neurótica y motivada por las necesidades del ego tiene una expresión desde la polaridad. De tal suerte que la negación efusiva del valor es también una expresión de lo mismo.

El escritor ve muchas cosas, goza de una sensibilidad particular precisamente porque su trabajo es cultivarla. Sin embargo, en su obsesión por el lenguaje confunde a las palabras con la realidad. No me

sorprende que esa famosa frase del *Tractatus* de Wittgenstein, «Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo», haya sido tan malinterpretada y tomada como bandera de la legitimidad de quienes nos dedicamos a los estudios lingüísticos y literarios. ¡Qué autocondescendiente y cómoda es la creencia de que aquello a lo que dedico mi profesión y mi vida entera es la única medida del mundo! Si es así, mi labor se convierte en el centro del quehacer humano, en la vértebra de la existencia. De lo cual deviene un abuso de poder insertado en el privilegio intelectual: aquel que no cultiva la palabra vive en un mundo de ilusiones, incapaz de tener acceso prístino a la realidad.

Nos hemos empeñado en dignificar nuestro rol como si nuestro interés estuviera depositado exclusivamente en las palabras y no en la vida de las palabras, así como en la vida más allá de las palabras. ¿Dónde yacen los límites? ¿Qué tan claros son los límites que hemos creído que el estudio de la literatura solo tiene que ver con leer y escribir? ¿Para qué me sirve creer que la realidad se expresa preponderantemente en las palabras y en un pensamiento discursivo?

El intelectualismo y la obsesión racionalizante en los procesos de cognición son también sesgos cognitivos. Racionalizar mi experiencia con el mundo es convertir mis percepciones sensoriales en discurso lógico, en algo distinto. Es, de alguna manera, hacer una traducción, una traición a la información que mi cuerpo está recibiendo. Racionalizar es un proceso que me permite no sentir, que me permite no conectar a un nivel profundo. Hemos de darnos cuenta de que el discurso es una parte del mundo, pero no es el mundo.

«Los de literatura somos bien limitados, solo defendemos la lectura. Y la misma escritura la censuramos cuando nos sentimos amenazados», me dice Alejandro García, confesando su preocupación ante estas delimitaciones artificiosas que no hacen más que ponernos vendas en los ojos. Hace conciencia del conflicto. Su intuición le dice: salgámonos de esta cajita en la que nos hemos metido, pues sospecho que algo existe más allá de las palabras.

El ego y la producción de conocimiento

No es fácil encontrar alternativas. ¿Cómo encontrar otras vías del quehacer crítico cuando la forma más completa y avanzada de crítica que conocemos es la que se sostiene en el pensamiento lógico-discursivo? Aludir al valor del cuerpo es un inicio de la respuesta, sin embargo, no es un estado definitivo de la resolución del problema. Fernando Zamora, en *Filosofía de la imagen*, se hace la misma pregunta: ¿cómo trascender las limitaciones del pensamiento lógico-discursivo desde el propio discurso verbal, cómo trascender los estudios de la palabra a través de la propia palabra? Mis intenciones no van tan lejos, eso se lo dejo a filósofos que dedican con empeño su vida a resolverlo. Yo me conformo con plantear la siguiente propuesta: hagamos consciente al ego y a mis proyecciones inconscientes, empecemos a poner al yo como uno de los pivotes del quehacer crítico. Esto con la finalidad ya no de admitir mi subjetividad como un obstáculo sino, al contrario, al verme incapaz de eludirla, la acepto y la integro a mis prácticas cognitivas, a mis procesos de acercamiento a la realidad, poniéndome a mí, a mis miedos, obsesiones, necesidades y represiones bajo la mira. Desarrollemos mejor la idea.

Evidentemente decirle ciego a esa consagrada figura de escritor es un *click bait*, una provocación. Si eres escritor, y has dedicado los esfuerzos de tu vida a una precisa afinación de tu pluma para preponderar tu voz y opiniones a la luz del prestigio cultural, quizá llegaste a sentir algo. Quizá te sentiste aludido. ¿Qué sucedió contigo? ¿Qué emociones te genera cuestionar el valor del rol que juegas? De alguna manera, los escritores, así como otras formas de artistas, construyen su identidad con base en su rol hacia con la cultura y la sociedad. Cuestionar el rol es, entonces, cuestionar a la persona que lo juega. Como si persona y práctica fueran lo mismo, como si la única dimensión en que se expresa la existencia de un escritor fuera la escritura. ¿Qué hace un desconocido que no figura en las prestigiosas voces de opinión de

nuestro tiempo, diciéndome a mí que soy un ciego, que no veo lo obvio? Quizá tuviste la reacción contraria: la indiferencia, pero, ¿es genuina? A veces fingimos que no sentimos para seguir con la máscara, para seguir ocultando que nuestro ego existe.

Te felicito si has conectado, si has detectado que algo en tu ego se movió, tanto como aceptación de su existencia como negación. Es una oportunidad de autoconocerte a través de lo que tus sensaciones corporales manifiestan. Hacía allá es a donde quiero llegar: el ego y la relación que tenemos con él es más determinante de lo que creemos para la construcción que hacemos de la realidad. En el afán por conocer la realidad, en ese obsesivo afán por ver con claridad, solemos aferrarnos tanto que inconscientemente eliminamos los obstáculos que nos lo impiden: el ego, nuestras creencias culturales, nuestro posicionamiento político, nuestras intenciones personales, nuestras necesidades orgánicas. Eliminamos todos esos filtros para perpetuar la idea de que tenemos razón, porque tener razón se ha vuelto en extremo importante en una cultura sostenida en el esquema de conocimiento lógico-discursivo. Hemos convertido a la argumentación en el nuevo dios, en el único elogio hacia la vida.

Hablar de mí: un *statement*

Tengo muy presente un aprendizaje del tiempo en que hice la licenciatura en Letras en la UAZ: el lenguaje académico debe articularse en el plural de la primera persona (nosotros). Si el objetivo del texto argumentativo es persuadir o sostener una tesis, habrá que articularlo de tal forma que mi voz no sea solamente mía sino mía y de muchos otros, esas voces de expertos en las que apoyo mi discurso. Oraciones con verbos como «sostenemos», «planteamos», «demostramos» son el común denominador. Es entendible: el lenguaje debe ser consecuente con las intenciones de quien lo articula.

El lector atento se habrá dado cuenta de que este texto está redactado de otra manera. Mi expresión en

singular de la primera persona no es gratuita: es un *statement*, una declaración no solo personal sino ideológica. Es un posicionamiento claro: me pongo a mí delante de la cosa que quiero analizar. Yo soy el filtro. En la búsqueda por trascenderlo dejo de evitarlo y lo acepto, lo pongo en consideración en relación a ese otro al que pretendo acercarme. Dejo de esquivarlo, pues en la evasión solo hay proyecciones inconscientes.

Las prácticas del crítico nacen irremediablemente de un estar inconforme con el mundo como es. Obedecen a un ejercicio de acercamiento a lo externo, motivado por detectar una inconsistencia que percibo fuera de mí. Ahora bien, estar inconforme con el mundo es estar inconforme conmigo. El gurú espiritual, quien ha llegado al máximo estado de conciencia, si es que eso es humanamente posible, podrá gozar del efecto más importante: la serenidad, la aceptación absoluta de lo que soy, y, por lo tanto, la aceptación absoluta del mundo. No querrá cambiar nada pues ha aceptado todo tal y como es. Si nada me molesta, si nada necesito, entonces, quizá, el silencio sea la constante. Hacer crítica se vuelve un ejercicio innecesario. ¿Cómo entonces se puede llegar a compaginar la conciencia de sí y el trabajo introspectivo con el quehacer crítico?

Uno de los callejones sin salida que me interesa poco resolver es el del mundo donde el conocimiento y el crecimiento espiritual llegan a un punto definitivo. No creo que estos procesos tengan una meta ni un estatuto concluyente. No me sirve pensar mi crecimiento como si su único sentido de ser sea llegar a un punto en que el ni estoy ni que probablemente llegaré. Pensar así es mantenerme desconectado del aquí y el ahora, precisamente, el presente que pretendo poner sobre la mesa, el presente que propongo hacer consciente a la hora de hacer crítica. Para mí, el valor de la conciencia de sí, en confrontación con el ejercicio crítico, es invertir mi energía en conectar con mi voz y mi experiencia aquí y ahora, desembarazarme de toda intención aspiracional, de toda pretensión de llegar a un lugar y un estado que

no existen: el futuro, la utopía de esperar a ser eso que aún no soy.

Precisamente por esto me importan poco los movimientos de censura y cancelación, pues me parecen la síntesis más precisa de la neurosis colectiva de nuestro tiempo: el neurótico no ve lo obvio, no ve lo que no quiere ver. Es vivir con la aspiración idealista de ser eso que aún no llegamos a ser, evadiendo así la conciencia de lo que somos, la confrontación con lo que está aquí y ahora, con la realidad tal cual es, por más incómoda que sea, sin considerar que a veces el deber ser es una máscara para seguir evitando el contacto con las necesidades viscerales y reales.

Esta nueva crítica supone reformularme a mí mismo, hacer un trabajo de conciencia en el que enfrente mi sombra, pues solo así podré hacer consciente que cuando hablo del otro hablo de mí. El otro es un espejo sin el cual no puedo entenderme. Tú y yo son una dualidad de la misma cosa, de una relación simbiótica que mientras más pronto atendamos, más pronto evitaremos los vicios de las inconscientes prácticas críticas que suponen con una presunción de autoridad que yo puedo hablar de la verdad del otro, sin darme cuenta de que aquellas teorías que elaboro son una proyección de mis asuntos no resueltos. Ni Freud se pudo escapar de la proyección en su teoría. Y está bien. Eso significa ser humano, estar siempre ante la tentación de creer que lo externo puede ser medido y analizado borrándome del mapa, sin ninguna interferencia.

La propuesta es entonces dejar de evadir la subjetividad y los procesos psíquicos personales que intervienen en mi cognición, hacerlos conscientes y ponerlos sobre la mesa, para que, ante la incapacidad de desaparecerlos. Hablar del otro es siempre hablar de mí. Dejemos de ver esto como obstáculo, si no al contrario, como virtud: poner al yo en consideración es hacer más rico el análisis, pues, inevitablemente el yo se va expresar, y sin hacerlo consciente, será inconsciente, motivando nuestra percepción de las cosas a través de un velo que no podemos ver. Hacerme consciente ante la crítica es, por lo menos, hacer

consciente al velo, para de ahí conocer los fenómenos ya no *en sí mismos* sino *en relación* a mí. No es egolatría hacerme la medida del mundo, es un ejercicio completamente realista, es dejar de evitar lo inevitable.

Para esto es necesaria la humildad del crítico, que reconozca su importancia individual en el proceso crítico, además de una gran valentía para volverlo capaz de mirar a los ojos al jaguar en plena oscuridad de la selva. El trabajo es diluir mis propios auto-engaños, dilucidar entre cuáles voces hablan, si mi necesidad, mis obsesiones, mis miedos o mi deber ser, para así no perpetuar una crítica basada en la inconsciencia. Al descubrir la verdad, al hacerse consciente, el impulso de Edipo fue sacarse los ojos: «Yo ya no necesito ver. Yo ya sé quién soy».